

## ÍNDICE

PRÓLOGO: IMÁGENES DE ARCHIVO .....	9
<i>Paco Vidarte</i>	
LA ESPECTRALIDAD DEL OTRO .....	24
<i>Luis Aragón</i>	
POLÍTICA Y DECONSTRUCCIÓN .....	37
<i>Cristina de Peretti y Paco Vidarte</i>	
NOTA SOBRE FILOSOFÍA Y POLÍTICA .....	63
<i>José M.<sup>a</sup> Ripalda</i>	
NOTA A LA NOTA SOBRE FILOSOFÍA Y POLÍTICA .....	71
<i>Cristina de Peretti</i>	
LA RETIRADA DE LA REGLA Y LA SILLA DE CAMBISES: DERRIDA sobre la justicia .....	81
<i>José Miguel Alarcón</i>	
LA RAZÓN Y LA GUERRA —CLAUSEWITZ Y DERRIDA .....	107
<i>José García Caneiro</i>	

RR (RESTITUCIONES, REPETICIONES) .....	129
<i>Julián Santos</i>	
ARTAUD Y DERRIDA EN LA CLAUSURA DE LA REPRESENTACIÓN ..	171
<i>Fernando Rampérez</i>	
OTRA VEZ FILOSOFÍA Y LITERATURA .....	205
<i>Concha Torralba</i>	
¿ES POSIBLE UNA TEOLOGÍA DECONSTRUCTIVA? .....	225
<i>Raúl Gil</i>	
ANEXO: EL PAPEL O YO, ¡QUÉ QUIERE QUE LE DIGA...! (nuevas especulaciones sobre un lujo de los pobres) .....	253
<i>Jacques Derrida</i>	
BIBLIOGRAFÍA .....	289
<i>Paco Vidarte y Cristina de Peretti</i>	

## LA ESPECTRALIDAD DEL OTRO

Acercarse a la deconstrucción no puede realizarse desde definiciones, toda vez que esta filosofía no delimita ámbitos antes bien, los solicita, desplaza, conmociona poniendo bajo sospecha el intento de acotar un adentro/afuera, original/derivado, propio/impropio, puro/impuro, etc., oposiciones todas ellas que no son sino estructuras jerárquicas íntimas al pensamiento metafísico, dualidades que vienen impuestas por una de las partes aunque presentadas como objetivas, sin valoración alguna: «“deconstruir” la filosofía sería así pensar la genealogía estructurada de sus conceptos de la manera más fiel, más interior, pero al mismo tiempo que desde un cierto exterior incalificable por ella, innombrable, determinar lo que esta historia ha podido disimular o prohibir, haciéndose historia por esta represión interesada en alguna parte»<sup>1</sup>. Las estrategias deconstructivas son una manera de acercarse a la cultura filosófica, una lectura atenta de los textos archivados queriendo poner al descubierto esos intersticios o lugares inasimilables en las oposiciones impuestas violentamente. Desde el *pharmakon* platónico, *khora*, traza, *hymen*, don, espectro, etc., pasando por toda la cadena de indecidibles,<sup>2</sup> se busca desde la

---

<sup>1</sup> DERRIDA, J. *Positions*, Paris, Minuit, 1972, pág. 15. (Trad. cast. M. Arranz, Valencia, Pre-Textos, 1977, pág. 12).

<sup>2</sup> «Es decir, unidades de simulacro, «falsas» propiedades verbales, nominales o semánticas, que ya no se dejan comprender en la oposición filosófica (binaria) y

misma tradición traicionarla. Así «los movimientos de la deconstrucción no solicitan las estructuras desde afuera. Ellos no son posibles y eficaces, no ajustan sus golpes más que habitando estas estructuras»<sup>3</sup>. Ni dentro pero tampoco fuera de la historia del pensamiento, Derrida aparece como un virus que contamina la tranquilidad de la filosofía y que se empeñan desde las instituciones académicas en conjurar como si de un espíritu se tratase. Fidelidad y subversión son las dos actitudes que se implican mutuamente en las distintas intervenciones siempre *puntuales* de Derrida, pues «la deconstrucción no es un método, no es un sistema de reglas o de procedimientos. Hay unas reglas limitadas, si se quiere, recurrencias pero no hay, una *metodología* general de la deconstrucción»<sup>4</sup>. La deconstrucción no es un saber controlado por una firma, un sistema dogmático de proposiciones.

La deconstrucción opera desde las propias entrañas no para cerrar las heridas sino para producir hemorragias y hacer saltar las ficcias costuras que falsamente se han ido suturando. La deconstrucción es lo que pasa, aquello que ocurre en el mismo instante en que escribo esta frase, es decir, la muerte del autor, de todo destinatario concreto, así como la aniquilación del contexto histórico/bio-bibliográfico, que ofreciera claves interpretativas definitivas para su desvelamiento. Es la filosofía *logofonocéntrica* la que se está deconstruyendo. En este sentido nos dice Derrida que *Ça se déconstruit*<sup>5</sup>, es decir, son los distintos sistemas filosóficos los que se incapacitan en su intención originaria: clausurarse, impedir el devenir constante, reapropiarse del otro. Si la filosofía no estuviese produciendo restos que se resisten a ser conducidos a un núcleo y signifi-

---

que no obstante la habitan, la resisten, la desorganizan pero sin constituer *nunca* un tercer término, sin nunca dar lugar a una solución en la forma de la dialéctica especulativa». DERRIDA, J. *op. cit.* pág. 58. (Trad. cast. pág. 56).

<sup>3</sup> DERRIDA, J. *De la grammatologie*, Paris, Minuit, 1967, pág. 39.

<sup>4</sup> *Entrevista con J. Derrida* realizada por Cristina de Peretti en *Política y Sociedad* 3 (1989), Madrid, pág. 106.

<sup>5</sup> DERRIDA, J. «Lettre à un ami japonais» en *Psyché. Invention de l'autre*. Paris, Galilée, 1987, pág. 391.

cado rector, las lecturas deconstruccionistas no tendrían lugar. Pocas filosofías presentan en esta medida una vocación más decidida y comprometida con los textos heredados. La historia de la filosofía podríamos definirla como una gran máquina plena de fugas que ansía a la vez obtener los agujeros que ella misma produce. La filosofía es un artefacto averiado, el fracaso de una intención, una empresa imposible.

La obra de Derrida no es en propiedad, un corpus<sup>6</sup>, una totalidad, el frenesí por la unidad ansiada, un reordenamiento perfecto de los componentes de la maquinaria. Cada uno de sus textos no viene sino a abrir una brecha. En su producción no podemos establecer cortes que hablen de evolución, superación teleológica: desde el vocabulario de sus primeras publicaciones, es decir, traza, huella, escritura, *différance* hasta sus más actuales espectros, archivos y por-venir, su interés ha sido cuestionar las cómodas y satisfechas oposiciones metafísicas.

Muchos son los temas que hemos apuntado y que exigen un análisis riguroso, para que el presente artículo no sea un resumen de axiomas dirigidos a un grupo de iniciados. Para escapar de esta tentación sectaria, intentaremos precisar, someramente, algunos de los términos nombrados. Tengamos en cuenta que la filosofía es para Derrida un síntoma que sólo puede ser pensado recurriendo a otro lugar, desplazando la problemática, cambiando de escena para cercar aquello que con tanto trabajo ha sido reprimido, pero que aflora como amenaza constante. Lo Otro de la metafísica, su pesadilla, entre *otros* muchos, es la *escritura*. Derrida desde sus comienzos ha centrado su reflexión filosófica en torno al problema de la escritura tal y como ésta ha sido *escrita* en nuestra cultura.

Tomando el platonismo como instante crucial «será suficiente, para convenir, subrayar que, aquello que parece inaugurarse en la li-

---

<sup>6</sup> «En lo que usted llama mis libros, lo que está primeramente puesto en cuestión, es la unidad del libro y la unidad «libro» considerada como una bella totalidad, con todas las implicaciones de tal concepto». DERRIDA, J. *Positions*, ed. cit. pág. 11. (Trad. cast. pág. 9).

teratura occidental con Platón no dejará de reeditarse al menos en Rousseau y después en Saussure»<sup>7</sup>. Un mismo hilo conductor nos permite rastrear una historia ejemplificada en estos teóricos. Todos ellos reproducen el mismo gesto, es decir, comparten una misma vocación: la exclusión de la escritura gráfica del dominio del saber, de la verdad, en resumidas cuentas, de la *episteme*. La instauración de la filosofía ha otorgado desde su comienzo, en el origen, un privilegio del *logos* —que es tanto pensamiento, razón, como palabra, discurso— con la marginación, repudio «escrito» de la *escritura*, estigmatizada palabra muerta. Lo otro del pensamiento —escritura— debe ser desterrado por lo que tiene de amenaza y ruptura ante la presencia de la palabra. Derrida denomina *logocentrismo* a esta centralidad otorgada al *logos* en el discurso filosófico, vinculado «inmediatamente» a la *foné*, *fonocentrismo* «proximidad absoluta de la voz y del ser, de la voz y del sentido del ser, de la voz y de la idealidad del sentido»<sup>8</sup>. Desde el *eidos* platónico —idea presente a la visión intelectual— hasta el *cogito* cartesiano el valor fundamental ha sido el de presencia —frente a la ausencia que marca en su inscripción la escritura— que podríamos determinar en dos direcciones: primacía del instante presente desde el cual el pasado y el futuro son modificaciones que adquieren sentido a partir del «ahora»; y la afirmación desde la modernidad del sujeto que se hace presente en la conciencia, ahí donde mi existencia se muestra evidente.

El *fonocentrismo* se traduce en la claridad absoluta de la conciencia que se oye-hablar de viva voz. «La voz es, desde este punto de vista, la conciencia misma. Cuando hablo, no solamente tengo conciencia de estar presente en lo que pienso, sino también de guardar en lo más íntimo de mi pensamiento o del «concepto», un significante que no se precipita en el mundo, que oigo tan pronto como emito, que parece depender de mi pura y libre espontaneidad, no exigir el uso de ningún instrumento, de ningún accesorio, de

---

<sup>7</sup> DERRIDA, J. «La pharmacie de Platon» en *La dissémination*, Paris, Seuil, 1972, pág. 182-183.

<sup>8</sup> DERRIDA, J. *De la grammatologie*, ed. cit. pág. 23.

ninguna fuerza establecida en el mundo»<sup>9</sup>, es decir, la voz aparece liberada de la escritura contaminante. La unión de significado y significante se hace tan íntima que parecería incluso borrarse este último para mostarse el concepto en su pureza en la palabra. Es en la *foné*, epifanía del pensamiento, donde el sentido y la verdad acontecen. Desde este momento la escritura es rebajada a mero transcriptor de una verdad que sólo transporta por delegación, *porte-pa-rolé*.

En la escritura, ropaje exterior del signo hablado, no está «presente» el autor sino suplido, re-presentado. El signo gráfico vuelve presente lo que está ausente, que sería la palabra misma que dice el sujeto cuando habla. La escritura es una técnica, artificio, mera copia que produce efectos incontrolables y por ello mismo peligrosa porque en ella el autor no puede controlar las idas y venidas de *su* texto. La escritura ha sido pensada, pues, como mediación de mediación, significante de otro significante, fónico, unido éste al significado puro. La escritura nos recuerda la figura del nómada, aquél que ha perdido el norte, emancipado de la voz paterna, de la estrella rectora que es la palabra viva del autor presente en su querer-decir. Es un huérfano sin tutelaje, «fuera de la ley, un hijo perdido»<sup>10</sup>. Derrida retoma, a partir del mito platónico expuesto en el *Fedro* (274c-275b), la exclusión de la escritura de la esfera del conocimiento como una constante en la historia de Occidente. Recordémoslo. Theuth un semi-dios egipcio entrega a Thamus, el dios-rey-que-habla, un presente —la escritura que se la califica de *pharmakon*<sup>11</sup>— para que éste determine su utilidad. La escritura proporciona un conocimiento, nos dice Theuth, que «...hará más sabios a los egipcios y más memoriosos, pues se ha inventado como

<sup>9</sup> DERRIDA, J. *Positions*, ed. cit. págs. 32-33. (Trad. cast. págs. 31-32.).

<sup>10</sup> DERRIDA, J. «La pharmacie de Platon» en *La dissémination*, ed. cit. pág. 168.

<sup>11</sup> *Pharmakon*, término con el que Platón se refiere a la escritura, encierra dos sentidos inherentes e indecibles: remedio para la memoria y veneno porque el funcionamiento maquínico y diseminante de la escritura subvierte la autoridad del padre. (DERRIDA, J. *op. cit.* pág. 113).

un fármaco de la memoria y de la sabiduría»<sup>12</sup>. La técnica ofrecida posee un valor incierto, más aún, su valía debe ser asignada por el rey que simboliza el *logos*, criterio absoluto de toda consideración. En sí misma la escritura no es nada, «la «esencia» del *pharmakon*, es que careciendo de esencia estable, y carácter «propio», no es en ningún sentido de esta palabra (metafísico, psíquico, químico, alquímico) una *substancia*»<sup>13</sup>. Retengamos por el momento que *en propiedad no hay sentido* en la escritura. Su *proprius* es atribuido por el padre, la palabra, que al mismo tiempo es *prius* frente a la secundariedad de la grafía, sometida al dictamen de su señor y soberano. Separada de la voz, la escritura se asemeja a un fantasma que camina de aquí para allá, errante, deslizándose sin patria. Recorre los lugares sin identidad, es «repetición pura, repetición absoluta de sí, pero de sí ya como reenvío y repetición, repetición del significante, repetición nula o anuladora, repetición de la muerte, es todo uno. La escritura no es la repetición viviente de lo viviente»<sup>14</sup>. Esta concepción que sustenta el repudio de la escritura da lugar a toda una serie de oposiciones jerárquicas que atraviesan Occidente: palabra/escritura; inteligible/sensible; significado/significante; alma/cuerpo, etc., englobadas por la axiología bueno/malo. La escritura, inscripción física, ha sido considerada en la tradición filosófica como la materia exterior de un contenido eidético-ideal resguardado de contaminaciones. Se ha tratado de expulsar a este alienígena que más allá de nuestras fronteras llama a la puerta de nuestra casa.

Pero sólo es posible echar fuera lo que de alguna manera vive ya en el interior, lo que quizá desde siempre ha sido nuestro huésped, aquello más íntimo que nuestro propio yo. Deconstruir esta filosofía *logofonocéntrica* significará mostrar cómo la escritura llamada *legítima* (habla) —porque en ella el significante está en comunión

<sup>12</sup> PLATÓN. «Fedro» en *Diálogos*, Madrid, Gredos, 1986, pág. 403.

<sup>13</sup> DERRIDA, J. «La pharmacie de Platon», en *La dissémination ed. cit.* pág. 144.

<sup>14</sup> DERRIDA, J. *Op. cit.* pág. 156.

directa con el significado immaculado— está infectada o invadida por aquello mismo que pertenece a la escritura *bastarda* (gráfica). Nos dice Derrida, «según un esquema que dominará toda la filosofía occidental, una buena escritura (natural, viviente, sabia, inteligible, interior, parlante) se opone a una mala escritura (artificiosa, moribunda, ignorante, sensible, exterior, muda). Y la buena no puede ser designada más que en la metáfora de la mala. La metafóricidad es la lógica de la contaminación y la contaminación de la lógica»<sup>15</sup>. Es la escritura impura la que ofrece el criterio, metafóricamente, de la escritura de primer orden. Dos escrituras que Derrida va a superar, no dialécticamente, con lo que denomina *archiescritura* o escritura primigenia. Para Saussure el lenguaje era un conjunto de diferencias, donde ningún elemento simple posee significado por sí mismo sino únicamente por el conjunto de oposiciones en que se inscriba. El estructuralismo saussuriano puso el acento en el rasgo referencial para la elaboración de procesos significativos. Nada preexiste al juego de las diferencias, es la relación entre los significantes lo que produce el significado. Todo elemento remite a otro que no ha estado presente en un pasado edénico ni lo estará en un futuro utópico. La concepción clásica del tiempo pasado-presente-futuro es inadecuada para comprender lo que es la huella<sup>16</sup>.

El otro, que inaugura la traza, se mantiene como totalmente otro, siempre por-venir. La escritura es una remitencia entre marcas anulando la ilusión de la presencia metafísica. El sentido se desplaza, disemina, y la noción de horizonte como imagen general para una teoría de la verdad es superada por el juego de diferencias animadas por la *différance*. El otro habita ya en mí, me constituye como mi posibilidad más íntima.

El término *archiescritura* no se confunde con la escritura tradicional: revestimiento de una presencia originaria. La diferencia en el

---

<sup>15</sup> DERRIDA, J. *Op. cit.* pág. 172.

<sup>16</sup> «Los conceptos de *presente*, *pasado* y *porvenir*, todo lo que la evidencia clásica supone de ellos, de tiempo y de historia —el concepto metafísico de tiempo en general— no puede describir adecuadamente la estructura de la traza». DERRIDA, J. *De la grammatologie*, ed. cit. pág. 97.

origen es la *archiescritura* como movimiento absoluto del sentido. Si ningún elemento tiene identidad en sí sino por su diferencia con el resto, entonces cada elemento está marcado por todos aquellos que no son él. Este pensamiento de la huella anula la pretensión mítica de un comienzo radical, no repetido. A partir de esta remitencia infinita funciona tanto la escritura como el habla. Los fonemas, efectivamente, sólo suenan por la ausencia que está marcada, recogida en cada uno de los mismos. El espacio entre los sonidos es lo que produce efectos de significación hasta el punto que no hay significado trascendente en el lenguaje. El significado está siempre en posición de significante. El lenguaje es ya escritura<sup>17</sup>. La oposición palabra/escritura sólo es posible por esa *archiescritura*, que rompe con la idea de un origen para introducir la diferencia como el rumor que resuena sin ser oído, la *différance*. La desaparición del origen imposibilita la búsqueda de un sentido primero que escape al juego de las oposiciones. Este pensamiento de la traza desborda la lógica binaria de la metafísica. Al no dejarse atrapar por esquemas duales permanece extraña al sistema de oposiciones. La traza no es ni presente ni ausente; ni ideal ni real; ni inteligible ni sensible, es, antes bien, aquello que autoriza que estos pares funcionen no poseyendo ella en propiedad esencia. La no presencia de la traza disloca el tiempo presente. Es repetición, pérdida de identidad y de autorreferencia. La traza *pasa* como un espectro, ambos comparten la misma lógica. Derrida define la escritura como «la imposibilidad para una cadena de detenerse sobre un significado que no la relance por haberse colocado ya en posición de substitución significante»<sup>18</sup>, por eso decíamos que el sentido que «transporta» no es propiedad de su productor, ni es un presente que pueda ser reapropiado por el lector. La noción de *texto* afirma la *diseminación* como aquello que no vuelve

---

<sup>17</sup> «Nosotros quisiéramos sugerir más bien que la pretendida derivación de la escritura, por muy masiva y real que sea, no ha sido posible más que con esta condición: que el lenguaje “original”, “natural”, etc, no haya existido jamás, que nunca haya estado intacto, intocado por la escritura, que él mismo haya sido desde siempre una escritura». DERRIDA, J. *op. cit.* pág. 82.

<sup>18</sup> DERRIDA, J. *Positions, ed. cit.* págs. 109-110. (Trad. cast. 105-106).

al padre en contraposición a la polisemia hermenéutica que se sitúa en el horizonte de la verdad como recuperación del querer-decir del autor. Las intervenciones deconstruccionistas parten de que cada texto es una red nodal de significaciones inagotables que se entrecruzan con otros textos —literarios, históricos, etc.— ininterrumpidamente. La escritura funciona como una máquina que descentra al firmante y destinatario. El signo es una traza que señala siempre a otro nunca efectivo. La estructura del signo rompe la linealidad: el sentido de un texto legado no es el recuerdo del contexto en el que se produjo el escrito, no se trata de actualizar, si es que ello fuera posible al menos como *desideratum*, las claves que nos permitan cercar la intención originaria del autor. Todo texto escrito presupone necesariamente una doble mortalidad: de una parte la desaparición del autor, sea física o intencional respecto a su querer-decir sustentado por su nombre: «escribir es producir una marca que constituirá una especie de máquina productora a su vez, que mi futura desaparición no impedirá que en principio siga funcionando y dando, dándose a leer y a reescribir»<sup>19</sup>. Por otro lado, un signo se adelanta en ausencia de todo destinatario determinable. Todo texto *a priori* se desliga de su origen y destino. Un texto toma vida propia, posee un ímpetu que trasciende lo que quiso decir su productor y las interpretaciones siempre particulares. La escritura, en consecuencia, es necesariamente repetible e iterable, como queda recogido en la misma palabra: *S-cript-ura* es testamento<sup>20</sup>, es decir, palabra dejada por escrito a otro siempre por-venir sin efectividad jamás presente. Escribir es hacer testamento, morir por adelantado, inscribir en la lápida de las letras mi defunción. La escritura exige repetición, que siga propagándose. Junto a la iterabilidad del grafema, *s-cript-ura* señala la cripta en la que están el autor y el lector. La cripta ins-cripta en *s-cript-ura* es testamento, lo que viene a poner en

---

<sup>19</sup> DERRIDA, J. «Signature, événement, contexte» en *Marges de la philosophie*, París, Minuit, 1972, pág. 376. (Trad. cast. Madrid, Cátedra, 1974, pág. 357).

<sup>20</sup> «Todo grafema es de esencia testamentaria». DERRIDA, J. *De la grammatologie*, ed. cit. pág. 100.

cuestión el sueño metafísico de pureza, unidad primera, comienzo absoluto, reservado a algún mesías o sacerdote que, provisto de la palabra definitiva, desvele lo que celosamente había quedado al amparo de profanaciones. La cripta de *s-crypt-ura* se da repitiéndose en tanto que testamento. Lo que narra un texto, aquello que se haya querido decir en el momento —pasado— de su inscripción o archivación se abre desde el por-venir, es in(de)terminable por sus infinitas repeticiones. Cuantas más veces se da un texto más se encripta su sentido. La repetición escrita en *s-crypt-ura* disemina en cada (re)aparición la intención originaria del autor y al destinatario hermeneuta incapaz de dar la última palabra.

No decimos que el sentido del autor estuvo presente en un tiempo pasado que por culpa de la repetición se nos aleja, esto sería estar atrapados todavía en el esquema metafísico del paraíso perdido, sino que, antes bien, nunca nada estuvo presente, mejor, que su presencia es por-venir (que no es meramente futuro: éste es anticipable, programable, sujeto por tanto a cierto cálculo, en cambio el por-venir apunta a la alteridad radical del otro nunca reapropiable bajo la ley de lo propio sino condición de posibilidad de lo «mismo»).

La lógica que empapa las nociones de traza, huella, escritura se repite en la tematización que acerca del espectro realiza Derrida en el libro *Spectres de Marx*<sup>21</sup>. El presente del espectro, su venida, como la traza es promesa, anuncio de por-venir al tiempo que memoria y recuerdo. El aquí y ahora de mi presentación es iterabilidad. El fantasma no está ni vivo ni muerto, no es más espiritual que carnal, su indecibilidad no depende de saber alguno, desborda las posibilidades del *logos*. «Aquello que, osaría decir, me ha constantemente asediado en esta lógica del espectro, es que excede de manera regular todas las oposiciones entre visible e invisible, sensible e insensible. Un espectro es a la vez visible e invisible, a la vez fenomenal y no fenomenal: una huella que marca de antemano el presente de su ausencia. La lógica espectral es *de facto* una lógica de-

---

<sup>21</sup> DERRIDA, J. *Spectres de Marx*. Paris, Galilée, 1993. (Trad. cast. Madrid, Trotta, 1995).

constructiva»<sup>22</sup>. La traza, como el espectro, no es ni presente ni ausente, ni propia ni impropia, ni visible ni invisible, etc, según reza la cita. La iterabilidad del signo y la (re)aparición del espectro que es un (re)aparecido —*revenant*— significa que su repetición no tendrá final, *a la vez*, que será una vuelta del pasado. El trazo presente remite al por-venir tanto como al pasado. La presencia de un texto reclama repetición, (re)apariciones infinitas. Nadie domina el devenir de un escrito. Que (re)aparezca anuda una vuelta del pasado y sus venidas intempestivas como el recuerdo de lo que ya llegó. El fantasma viene a decirnos que (re)aparece, que su repetición habrá *ya* acontecido, que su vuelta será una revuelta. En el presente se entrecruzan un pasado que está por-venir y un por-venir que es repetición del pasado y todo ello en el momento presente. La escritura, por su parte, del momento actual sólo es pensable desde la disyunción del tiempo: la iterabilidad de la huella, su ser repetición, señala que aquí y ahora, cuando escribo esta frase, su (re)aparición es ya repetición. Frente a una concepción del tiempo pasado-presente archivado en una memoria re-productora, presente-presente a sí mismo y presente-futuro, el tiempo de la escritura y del espectro está *out of joint*, «el tiempo está *desarticulado*, descoyuntado, desencajado, dislocado, el tiempo está trastocado, acosado y trastornado, *desquiciado*, a la vez desarreglado y loco. El tiempo está fuera de quicio, el tiempo está deportado, fuera de sí, desajustado»<sup>23</sup>. El sentido de un texto no ha estado nunca presente en ningún lugar: su lugar es la eterna repetición sin linealidad. La venida de un escrito es semejante a la de un espectro: amenazante, prometiendo volver más allá de todos los intentos por silenciarlo, es decir, de gobernar lo incontrolable.

Nuestra preocupación a lo largo de estas páginas ha sido dibujar a grandes trazos la vocación del proyecto derridiano, esto es, la deconstrucción del pensamiento filosófico, rastreando en los textos he-

---

<sup>22</sup> DERRIDA, J. y STIEGLER, B. *Échographies de la télévision*, París, Galilée, 1996, pág. 131.

<sup>23</sup> DERRIDA, J. *Spectres de Marx*, ed. cit. pág. 42. (Trad. cast. pág. 31).

redados esos intersticios indecibles, extraños y oscuros al proceder mismo de la razón obsesionada por la búsqueda de la verdad y el sentido, a partir del *logofonocentrismo* —comunidad *logosfoné*— todo ello con el desprecio y también temor por la escritura. Posteriormente nos detuvimos en la similitud que encontramos entre la lógica espectral, que viene trabajando Derrida en sus últimas obras, y la escritura. En ambos el concepto tradicional de presencia, vinculado a la conciencia como valor fundamental y fundante, era puesto en cuestión.

Por todo ello una de las críticas más recurrentes que se hacen a la filosofía derridiana es su afán por destruir sin proponer nada a cambio. La deconstrucción de los conceptos vertebradores de la tradición filosófica occidental, objeto de estudio por parte de Derrida tales como sentido, verdad, *logos*, etc., se dice abisma al hombre en la noche más cerrada, lo despoja de toda luz que alumbre, nos precipita finalmente en la sima de la confusión, allí donde la posibilidad de discriminar entre opciones diversas se torna imposible, y todo ello porque esta filosofía afirma que *en propiedad no hay sentido* —esta frase abre al menos dos lecturas indecibles entre sí, a la vez posibles: de una parte lo propio de lo propio es su contaminación, apertura y constante expropiación, esto es, su estar sacudido de continuo por un «otro» que parasita lo propio, el *autos*, el *chez soi*, la privacidad de la casa; de otra parte no es posible concluir con propiedad el sentido de un texto, toda vez que la dispersión diseminante arruina cualquier intento de reconducir a un origen toda la red textual de reenvíos— reinando en consecuencia el sinsentido y la barbarie. A estas objeciones podríamos decir que no es el vacío como ausencia de todo sino el todo en movimiento, el caos entendido como devenir y exceso, desmesura sin final, lo que aporta esta filosofía, ella misma en deconstrucción.

La deconstrucción no abandera el nihilismo, no es una crítica negativa, el revés de la confianza en la razón, un producto resultante del fracaso del proyecto ilustrado. Antes bien, Derrida en sus estrategias siempre puntuales, por eso mismo plurales y múltiples, no pretende restituir derechos perdidos, privilegiar aquello que desde el

inicio la filosofía ha reprimido y expulsado del ámbito del saber, sino que más allá de una mera inversión se busca acceder a una cierta experiencia de lo imposible.

Todo texto se disemina en idas y venidas infinitas sin reapropiamiento posible, fugándose del control sea del autor sostenido por la intención o el querer-decir, sea del lector capaz de poner término al devenir del texto. El cuerpo textual no es una unidad de contornos estáticos sino vectores que se pierden en confluencia con otros textos —intertextualidad. Por todo ello la deconstrucción es la afirmación de la alteridad que pone en funcionamiento la noción misma de escritura —podríamos decir que escribir es creer en los fantasmas— abierta siempre al porvenir frente a posicionamientos intelectuales que de una forma u otra buscan reducir la espectralidad del «otro» a presencia plena y efectiva.

LUIS ARAGÓN